



Luis J. Argüello

Carta Pastoral (16-28 de febrero de 2025) **CONVERSIÓN + VOCACIÓN = COMUNIÓN**

En las últimas semanas ha resonado en la Iglesia española, en cada una de sus diócesis, congregaciones religiosas, movimientos, asociaciones laicales, una pregunta: ¿Para quién soy? Y en estos últimos días, en la pascua semanal que acabamos de vivir en el Madrid Arena, en la capital de España, esta pregunta ha sido cantada, acogida y respondida. ¿Para quién soy? Hemos encontrado una vía de respuesta que el propio Papa Francisco nos ha ofrecido: “Para Dios, en los hermanos”, para los hermanos, para los demás, en Dios y desde Dios. Así, este Congreso sobre la Iglesia como asamblea de llamados, la vida como vocación y la presencia en el mundo como vocación para la misión, ha marcado un camino para la Iglesia española que queremos también nosotros vivir en nuestra Diócesis.

Es una propuesta que nos llama a entender nuestra propia existencia, la de cada uno de nosotros, sea cual sea en este momento nuestro lugar en la Iglesia — el ministerio ordenado, la vocación laical, la vida de especial consagración— en esta clave de comunión, de servicio, de propuesta para la misión compartida entre todos.

Es una llamada a pasar de la pasividad a la participación; de reclamar a los demás que se acomoden a ser como nosotros, a salir de nosotros mismos y encontrarnos en la comunión y la misión de la Iglesia de una forma más alegre, activa y responsable.

Es una propuesta que hacemos a todos nuestros contemporáneos, de pasar de vivir solo en una clave de libertad sin vínculos, de autonomía sin responsabilidad, a plantearnos también no sólo el derecho a tener derechos, sino el deber que surge de mirar a los demás, el deber que surge, en definitiva, del amor.

Sabemos bien —y nos lo hemos repetido estos días— que mal podríamos si quiera plantearnos estas cuestiones desde nuestras solas fuerzas, desde nuestros puños. Precisamos sumergirnos en el Señor que nos ama y se entrega por nosotros.

Necesitamos entrar más y más en el misterio de la Eucaristía como cuerpo entregado para querer ser en la vida cotidiana aquello mismo que comulgamos, cuerpo que se entrega por los demás, con los demás, para los demás en servicio al anuncio del Evangelio, especialmente, a los más pobres, a los que más precisan de acoger la buena noticia de la misericordia y de la caridad en sus diversas formas.

Sí, este Congreso que hemos vivido en su preparación y en el desarrollo realizado en estos días es, de nuevo, una llamada a caminar juntos, siendo fieles a lo que queremos vivir en esta Iglesia sinodal, como pueblo peregrino de esperanza. Pueblo peregrino que sabe que la esperanza está anclada en la entrega que Jesucristo realiza por nosotros y en la mesa de vida eterna que ya está puesta; esta esperanza anclada que nos permite realizar el camino, la peregrinación, por una senda que ha quedado definitivamente abierta por el propio Señor que nos acompaña como Buen Pastor.

Es la oportunidad de renovar a mitad de curso el camino de conversión y de vocación, cuando nos disponemos a entrar en la Cuaresma para preparar el corazón para la Pascua. Conversión una y otra vez a Jesucristo, conversión que supone salir de nuestros propios esquemas, conversión que supone caer en la cuenta de dónde están los límites, las dificultades, las ataduras que nos impiden responder a la llamada del Señor a la comunión y a la misión en respuesta a la vocación.

Sí, la conversión nos llevará a todos a renovar en la noche santa de Pascua la vida bautismal y a los ministros ordenados en la Misa Crismal, a renovar sus promesas sacerdotales. Nos dispondremos en el tiempo de Pascua, caminando hacia Pentecostés, a recrear nuestra vida como vocación y descubrir, de nuevo, el puesto que tenemos en torno a la mesa de la Eucaristía para, desde allí, salir a los caminos de la misión, viviendo y ofreciendo la caridad del Buen Pastor, la caridad social y política que genera y recrea amistad y fraternidad; la caridad en la vivencia de un carisma que hace llegar, especialmente, el Reino de Dios a los más pobres o que nos permite ensayos de vida fraterna o de oración contemplativa.

Es la belleza de la Iglesia que cada año en el tiempo de Cuaresma, que estamos llamados ya a ir preparando, nos da la oportunidad de volver a la belleza que el Señor regala a su Iglesia, pues es ni más ni menos que su esposa.

Vivamos pues, amigos, también en nuestra Diócesis la manera concreta de seguir impulsando la comunión, de seguir cultivando la iniciación cristiana en la que la conversión al Señor, la pertenencia a la Iglesia y la vida como ciudadanos del cielo va generándose una y otra vez.

Vivamos especialmente el Domingo, como día en el que en la Eucaristía se entretengan todos los carismas. Nos vemos en torno a la mesa de la Eucaristía, el ministerio ordenado, los laicos y la vida consagrada para caer en la cuenta de que somos asamblea de llamados, que somos enviados para realizar el anuncio del Evangelio con las redes de la vocación de cada uno de nosotros.

Sigamos impulsando los proyectos que tenemos en nuestra Diócesis y que dependen de cada uno de nosotros, que dependen de ti y de mí, que suponen no mirar alrededor para echarle las culpas a otros de lo que nos pasa o de lo que no vivimos, sino vivirlos con esta actitud de responsabilidad, con esta actitud de decir: “Estoy dispuesto a dar la vida aquí y ahora”.

Una vez más os propongo, amigos, poner a prueba la esperanza que el Señor nos ha regalado, que va delante de nosotros y nos sostiene. La esperanza en que la conversión pueda avanzar en nuestra vida, como también la comunión entre nosotros, en el presbiterio, entre presbíteros y laicos en cada uno de los ámbitos de la vida diocesana. También, poned a prueba la esperanza en la misión, en el anuncio del Evangelio, en el testimonio concreto, en la llamada concreta que podamos hacer a nuestros convecinos a conocer al Señor, a vivir la próxima Cuaresma y la Semana Santa y la Pascua como un tiempo no solo de festejos exteriores, sino de oportunidad de cruzar la mirada con el que está colgado en el madero, que, resucitado de entre los muertos, nos dice: ven y sígueme. No tengas miedo, rema mar adentro, comparte con los demás la alegría del Evangelio. Quiera el Señor que vivamos este tiempo ya tan próximo de Cuaresma y Pascua, de casi 100 días, como una oportunidad para crecer en la conversión y en la vocación.

Si vivimos este doble descentramiento, convertidos a Jesucristo, a nada y a nadie más, entregados a la misión como vocación, la comunión se nos dará por añadidura, sabiendo, sí, que la comunión es el signo que el Señor ha puesto para que el mundo crea.

¡Ánimo, amigos! Sigamos peregrinando en la esperanza de crecer en conversión y en comunión para la misión que el Señor nos ha encomendado.